

EL CARIBE EN EL SIGLO XIX

RUTAS Y RECORRIDOS DE LA MIRADA EXTRANJERA

Laura Muñoz*

Desde que Cristóbal Colón identificó al Caribe como el paraíso terrenal, impresionado por los cardúmenes de peces voladores, "la mar como un río, [y] los aires dulces y suavísimos",¹ casi todos los viajeros que dejaron constancia de su paso por sus tierras y aguas expresaron, en mayor o menor grado, el asombro que les causó el entorno. Observadores atentos, esos extranjeros en tránsito dejaron en sus escritos una descripción de lo que vieron en sus travesías. Sus testimonios permiten construir o reconstruir la representación que hicieron de ese espacio que ha sido considerado escenario de luchas imperiales; tierra fértil para la producción de azúcar; ámbito en el que la explotación de mano de obra forzada en grandes proporciones fue cosa corriente; asiento de sociedades con una cultura basada en diferencias raciales y de clase, caracterizadas por la explotación, la opresión y la desigualdad, que dieron paso a una experiencia común de resistencia. ¿Son esas las imágenes del Caribe que dejan nuestros viajeros? En parte. ¿En qué insisten sus relatos? Eso depende de varios factores, de la sensibilidad de cada uno, de su cultura, del objeto de su viaje, de la época en la que lo llevaron a cabo, de sus prejuicios, sus creencias, etcétera. Y así como hay diferentes miradas y distintas escrituras, también hay diversas lecturas de esos textos. En las siguientes líneas, recuperaremos algunas de esas apreciaciones, especialmente aquellas que describen el aspecto físico de la región.

Hoy, igual que lo hiciera la Corona española en tiempos coloniales, identificamos al Caribe como una región. Sin embargo, las narraciones de aquellos que lo recorrieron a lo largo del siglo XIX no lo muestran así. Hacen referencia a una sucesión de islas dispuestas en una especie de arco y divididas de acuerdo con una matriz metropolitana diferente.

¿Qué fue lo que vieron, entonces, esos pasajeros de paso por la cadena insular? Lo primero que notaban al acercarse a las aguas del Mediterráneo americano era el cambio en el clima, que permitía pasear sin abrigos por la cubierta,² disfrutar o, en su caso, sufrir el calor excesivo.³ "El sol quemante hacía presentir la vecindad de las Antillas".⁴ Después, se fijaban en el paisaje, especie de paisaje-frontera que marcaba la distancia entre el viejo y el nuevo mundo.

* Investigadora del Instituto Mora/AMEC

1 Cristóbal Colón, de su diario, citado en J. Oliva de Coll, presentación y notas, *Terra Ignota. La geografía de América Latina a través de cronistas de los siglos XVI y XVII*, México, Edit. Trillas, 1986, pág. 18.

2 William Bullock, *Seis meses de residencia y viajes en México. Con observaciones sobre la situación presente en la Nueva España*, trad. Gracia Bosque, México, Banco de México, 1983, pág. 54.

3 W. T. Penny, "Esquema relativo a las costumbres y a la sociedad mexicana en una serie de cartas familiares y en un diario de viajes por el interior del país durante 1824, 1825 y 1826", en Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, UNAM, 1987; o M. A. Brissot, *Voyage au Guazacoalcos aux Antilles et aux États-Unis*, París, edit. Arthus Bertrand, 1837, 389 págs.

4 Pierre Charpenne, *Mi viaje a México o el colono del Coatzacoalcos*, trad. Martha Poblett, México, CNCA (col. Mirada Viajera), 2000, pág. 86.

En sus relatos, los plantíos de palmeras y de plátanos surgen como los símbolos de la región en la que las miradas fueron orientándose a la *vegetación lujuriosa del trópico*.⁵ Los grandes cocoteros que "agitan sus cabezas elegantes"⁶ y mecen sus verdes penachos al viento,⁷ las plantaciones de cacao, las palmas datileras, los árboles del pan, los palmars (que según Eisée Reclus pertenecen a más de treinta especies),⁸ son los personajes principales que desfilarán en los textos de los viajeros, en los que el verde radiante, el azul del mar, la claridad de las aguas, serán parte de las descripciones.⁹ A propósito del azul del mar, la célebre marquesa Calderón de la Barca, en una de sus cartas, escritas a finales de los años cuarenta, nos dice que su entrada a las Antillas fue por "los bancos de las Bahamas, muy clara y azul el agua, con la crema de su espuma que parece crecer sobre perlas y turquesas".¹⁰ Otros describen cómo se deslizaban sus embarcaciones en el azul intenso de las aguas caribeñas.

En la contraparte, con frecuencia se habla del cielo en fuego, del disfrute provocado por los gloriosos amaneceres, de los espectáculos mágicos del atardecer, de la noche ("espléndidas noches de luna llena")¹¹ y, también, de los aromas de los limoneros y de las maderas:

Cada tarde el cielo se ve como fuego, los rayos luminosos surcan las nubes, raramente son seguidos de tormentas pero sí de truenos y de lluvia; las nubes presentan un espectáculo mágico con la puesta del sol, son de un rojo encendido y el cielo ofrece una infinidad de figuras...

En la noche... el olor suave de los limoneros y de la madera de Campeche se siente a ocho leguas a los lados.¹²

William Robertson, uno de los viajeros que cruzó el mar Caribe a mediados del siglo, declaró con gran entusiasmo que:

Ningún lápiz obedeciendo a la inspiración del más grande genio pudo traducir, a solicitud, el esplendor y los colores de un amanecer tropical... la grandeza y belleza de la luminosa pero evanescente escena...¹³

Aun aquellos forasteros que quisieron mantener cierta distancia, o pretendieron controlar sus emociones, exclamaron:

¡Qué hermosa la floresta de cocoteros, qué extraña la costa cubierta de innumerables nopales! No puede decirse que este paisaje sea infinitamente maravilloso, aunque la novedad atraiga... y sin embargo, es aquí donde se ve por primera vez la vegetación tropical...¹⁴

5 De J.R. Poinsett, quien llegó a México en 1822, a Ludovic Chambón, que hizo la travesía en 1890, todos los viajeros consultados hacen esta observación. J.R. Poinsett, *Notas sobre México (1822)*, trad. Pablo Martínez del Campo y pról. Eduardo E. Ríos, México, Editorial Jus, 1950, pág. 37; Ludovic Chambón, *Un gascón en México*, trad. Rocío Alonzo, México, CNCA (col. Mirada Viajera, 1994), pág. 28.

6 Armand Dupin de Saint André, *Le Mexique Aujourd'hui. Impressions et souvenirs de voyage*, París, Librairie Plon, 1884, pág. 10.

7 Carl Bartholomé Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, trad. Elsa C. Frost, México, Banco de México, 1987, pág. 47.

8 Onésimo y Eliseo Reclus, *Novísima Geografía Universal*, trad. V. Blasco Ibáñez, tomo IV, Madrid, Editorial Española Americana, pág. 440.

9 En esto coinciden varios, véase Julia Ward Howe, *A trip to Cuba*, Boston, Ticknor and Fields (col. Tavera), 1860, 251 págs.

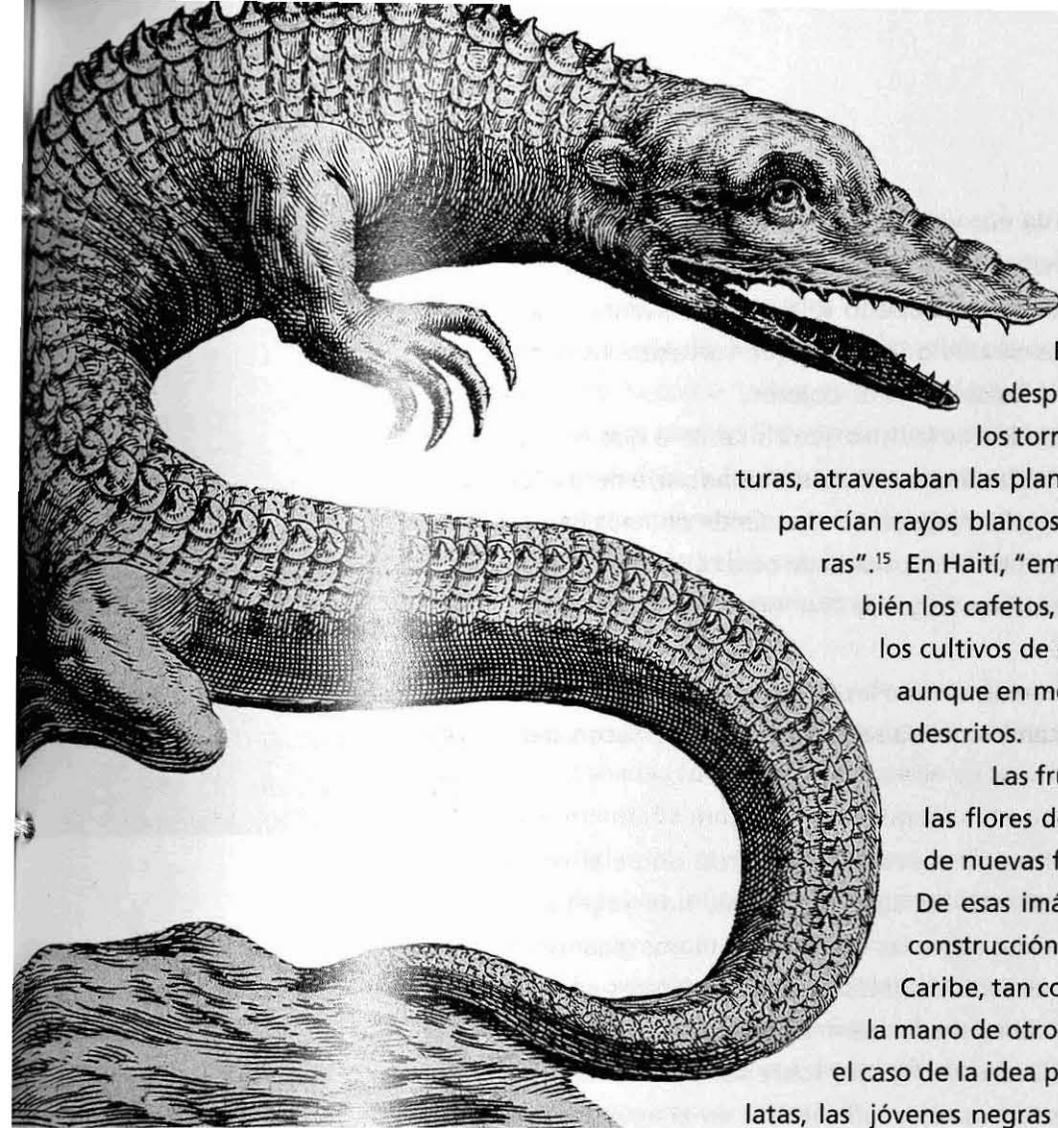
10 Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, trad. Felipe Teixidor, México, Edit. Porrúa (col. Sepan Cuantos 74), 1981, pág. 16.

11 William Parish Robertson, *A visit to Mexico, by the West India Islands, Yucatan and United States, with observations and adventures on the way*, 2 v., London, Simpkin and Marshall, 1853, pág. 63.

12 Brissot, *op. cit.*, pág. 28.

13 Robertson, *op. cit.*, pág. 49.

14 Heller, *op. cit.*, pág. 48.



La caña de azúcar, cultivo fundamental de la región, se veía todavía en casi todas las islas. En Martinica, por ejemplo, "se desplegaba en forma de anfiteatro; los torrentes que descendían de las alturas, atravesaban las plantaciones, se vertían en el mar, parecían rayos blancos trazados sobre vastas praderas".¹⁵ En Haití, "embellecían la costa".¹⁶ Pero también los cafetos, las planicies con maíz y yuca y los cultivos de otros productos forman parte, aunque en menor medida, de los escenarios descritos.

Las frutas, los árboles, los arbustos y las flores dejan a nuestros viajeros llenos de nuevas formas, de sabores, de colores. De esas imágenes se fue alimentando la construcción de los estereotipos acerca del Caribe, tan cotidianos hoy, y que han ido de la mano de otros acerca de la población. Tal es el caso de la idea prevaleciente acerca de las mulatas, las jóvenes negras "con una gran fruta sobre el hombro, bajo la sombra de unas palmeras...",¹⁷ que se repite insistentemente en los viajeros de entonces, y en otros, más bien contemporáneos.

Para nuestros viajeros del siglo XIX, el paso del mundo europeo al caribeño se daba, a veces, de una manera suave. En Barbados, si no hubiera sido por la población negra y el cielo brillante, los viajeros podían no sentir que Inglaterra estaba a "unos cuantos miles de millas de mar". En cambio, otras veces, el paso era violento—de entrada o salida— bautizado por el norte o el huracán, fenómeno tan del Mediterráneo americano, que su mismo nombre es una palabra originaria del Caribe.

Los silbidos del viento hacían temblar las jarcias y los corazones, un mar furioso, blanco de espuma, mostraba, de vuelta en vuelta, un cuadro de aguas altas, de la altura de nuestros mástiles, o un remolino donde se hundía con rapidez la proa de nuestro navío. Todo parecía anunciar nuestra última hora.¹⁸

Las temidas fiebres se sumaban a los peligros que esperaban en los trópicos, especialmente la fiebre amarilla, que se deslizaba de las islas al litoral; de

15 Charpenne, *op. cit.*, pág. 86.

16 Brissot, *op. cit.*, pág. 253.

17 Chambón, *op. cit.*, pág. 26.

18 Brissot, *op. cit.*, pág. 317.

norte a sur y de este a oeste, los viajeros sentían “la muerte quizá a corto plazo”.¹⁹ No obstante, la violencia no se relacionaba solamente con las fuerzas de la naturaleza: el Caribe estaba asociado a la idea de aventura, y el temor de ser abordados por los piratas o corsarios que surcaban los mares acompañó constantemente a varios de nuestros viajeros.

¿Cómo veían esos pasajeros las islas que visitaban o que reconocían al avanzar en su ruta? Como islas de *hermosura encantadora*, emergiendo del azul del mar y flotando como *un espejismo de cuento de hadas* en las vistas doradas de los trópicos. La tierra les parecía de otra calidad, la vegetación de un verde nuevo, más verde, los frutos de una forma rara y de un sabor delicioso.

Al llegar a Saint Thomas, una de las primeras paradas de las embarcaciones que cruzaban el Atlántico, el paisaje producía comentarios como el siguiente:

... todo lo que vemos es nuevo para nosotros. Sobre el borde del golfo que enmarcan las altas montañas, una vegetación lujuriente, hojas verdes sobre las cuales las mimosas gigantes despliegan sus flores escarlata, más lejos, los cocoteros esbeltos, balanceados por el viento del mar; enfrente de nosotros, la ciudad de Saint Thomas [Charlotte Amalie] sobre sus tres colinas y sus casas blancas y sus techos rojos reflejándose en el agua transparente de la bahía.²⁰

Las Islas Vírgenes son descritas como arrecifes bajos rodeados de un cinturón árido, y con escasas caídas de agua. A diferencia de éstas, a partir de St. Kitts empezaba una procesión de islas de tierras montañosas, con picos azules cubiertos por nubes, y con laderas bien irrigadas, en las que la caña era cultivada hasta el mismo listón de arena blanca de sus playas. Antigua estaba cubierta de piñas y de plantaciones de azúcar. Ya hemos dicho cómo era el cultivo en la Martinica, isla coronada por bosques, y en la que, pensaban algunos, “ninguna imagen escénica en la América Tropical [era] más hermosa que el poblado portuario de St. Pierre con el monte Pelée detrás de él”.²¹ Ahí, las casas estaban construidas en piedra y sin grandes pretensiones. Por su parte, Dominica, para más de uno, presentaba un escenario sin rival en las colonias inglesas.

En cuanto a las Granadinas, cerca de 120, son descritas como islotes muy peligrosos para los marineros, formadas de pórfido puro y de figuras singulares. De Granada se dice que apenas era posible imaginar algo más bello que la vista de esa isla: “se yergue como un jardín entre los islotes desnudos e inhabitados”.²² Y ha-



19 Dupin de Saint André, *op. cit.*, pág. 3.

20 *Ibid.*, pág. 8.

21 Issac N. Ford, *Tropical America*, New York, Charles Scribner's sons, 1893, pág. 12.

22 Heller, *op. cit.*, pág. 50.



blando de jardines, Barbados, donde la caña no dejó un pedazo de tierra libre, era considerado como "un jardín bien cultivado".

Hacia las grandes Antillas, Puerto Rico causaba expectación, especialmente la vista del Morro que custodiaba la entrada a San Juan; Santo Domingo fue descrita como "alta y accidentada y sus perfiles audaces y pintorescos".²³ En ella los ojos podían "recrearse mirando las exuberantes montañas cubiertas de flores y follaje, y las hermosas colinas verdeantes a cuyos pies se extienden alegres aldeas y plantíos".²⁴ De Haití recogemos comentarios encontrados: "puede ser una de las más bellas por lo que se refiere a vegetación y paisaje natural",²⁵ pero también pobre y abandonada.

En esta bahía, la cadena de montañas es baja, en la punta Tiberón son de una altura extraordinaria...el sol saliente, las nubes amontonadas formando una especie de velo mágico alrededor de una montaña muy elevada donde la cima aparece sola a nuestras miradas; los rayos de fuego no podían atravesarla y producían detrás una infinidad de matices magníficos.

El aspecto de Los Cayos inspira tristeza... testimonia el estancamiento del comercio. Las techumbres derribadas, las calles llenas de hierba, el marco de grandes casas... donde no existen más que muros ennegrecidos...²⁶

En cambio, Cuba –la preciosa gema del océano– era percibida como opulenta, "la reina de las Antillas, la más grande, la más bella, la más fértil, la más floreciente de todas las colonias...orgullosa de tener uno de los más bellos puertos y una de las más hermosas ciudades del mundo por capital",²⁷ aunque otros opinaran que no había otra más sucia en el mundo de la cristiandad.²⁸ En esa Cuba,

el panorama de la comarca, de la ciudad [de La Habana] y de las fortificaciones que coronan las alturas, es hermosísimo y el acceso y la entrada al puerto ofrecen una vista de lo más encantador que pueda uno imaginarse. La tierra es suavemente ondulada, los cerros están revestidos de fresco verdor y los valles presentan el oscuro follaje y la vegetación lujuriosa del trópico.²⁹

En Jamaica, notoria por su decaimiento (ella que había sido tan rica y tan renombrada un siglo antes), destacaban –igual que hoy– las montañas azules y Port Royal, la llave del imperio de las West Indies.

23 Poinsett, *op. cit.*, pág. 37.

24 Carl Christian Becher, *op. cit.*, pág. 45.

25 Heller, *op. cit.*, pág. 51.

26 Brissot, *op. cit.*, págs. 242-243.

27 Charpenne, *op. cit.*, pág. 88.

28 Poinsett, *op. cit.*, pág. 280.

29 *Ibid.*, pág. 279.

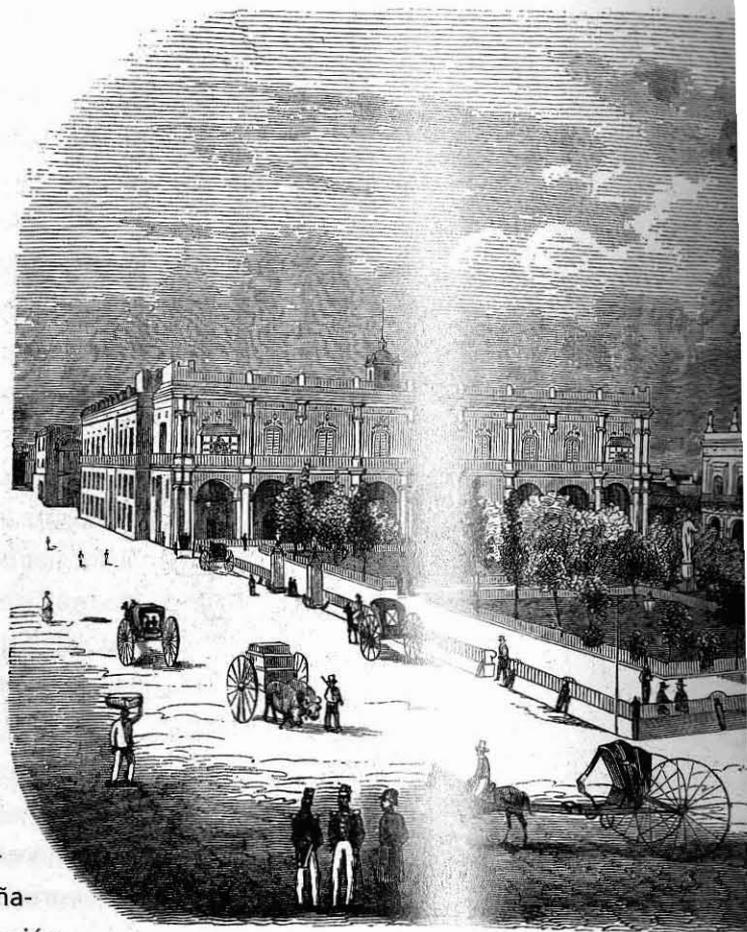
A bordo de los navíos, Port Royal presenta un aspecto pintoresco. Los diferentes matices de las casas, la mayor parte edificadas en madera y ladrillo, son encantadoras al ojo ávido de contemplar. Las palmeras y los cocoteros sombrean las habitaciones... La diferente elevación de las viviendas dispuestas una al lado de la otra imprime una imagen menos uniforme y monótona.³⁰

La pequeñez de algunos territorios queda expresada en la descripción de Nassau, no más grande que una cáscara de nuez,³¹ pero muy verde y con numerosos árboles de cacao.

Para los viajeros que hicieron su recorrido en las primeras décadas del siglo, el Caribe representaba el paso de un mundo que se resistía a dejar de ser, el del imperio español, a otro que tenía marcadas diferencias. Henry G. Ward, el diplomático inglés enviado a México en los años veinte, señala que se estaba en el inicio de un proceso de transformación en el que el mar y las islas perdían, en parte, su papel de antemural de la Nueva España y se convertían en el espacio abierto para el tráfico intenso hacia México. Efectivamente, muy pronto se vería la estela de pabellones americanos surcando los mares y llenando las bahías.

En otro ámbito, la región ofrecía a la mirada curiosa un complejo mosaico cultural, cosmopolita, en el que era evidente el bullicio, la algarabía y la vitalidad de los habitantes, en contraste, afirmaban algunos, con la melancolía de la población mexicana.³² De hecho, en las islas el cuadro social ofrecía una variedad sorprendente de mezclas. Ingleses, franceses, judíos, negros, mulatos y orientales deambulaban por ellas. Ese cuadro mostraba también otra gama: la de los oficios, entre los que había comerciantes, plantadores, soldados, estibadores y misioneros, por citar un número reducido.

Desde sus puestos de observación, fijos o flotantes, los ojos de los viajeros percibieron la imagen de un mundo vivo, mutable; una zona de interacción donde se vivía un proceso sostenido de transculturación, de intercambios. Al lado, el mar quieto como un espejo, revuelto y atemorizante, o azul luminoso, está presente



30 Brissot, *op. cit.*, pág. 216.

31 Howe, *op. cit.*, pág. 14.

32 Bishop, *op. cit.*, pág. 13



en todos los testimonios: el mar omnipresente, el mar que es uno y diverso, en el que las islas comparten, ellas mismas, espacios heterogéneos. Los territorios de esas islas, a veces minúsculos, van dibujando los contornos de una identidad que el mar une y divide simultáneamente.

En varios de los escritos encontramos referencias a las fortificaciones “bien construidas y acertadamente dispuestas”³³ en esa región, tan codiciada por los poderes imperiales. *Fuertes y hermosas*,³⁴ impresionaron sin duda a esos visitantes que dedicaron páginas a dichos testigos, símbolos de piedra y cal distribuidos en la primera línea de muchas de las islas –de Cuba a Granada– que recorrieron, o alcanzaron a divisar en su paso presuroso por las aguas antillanas. Las fortalezas, con sus grandes cañones sobre las murallas, les muestran la importancia que España dio a esta parte de sus reinos,³⁵ si bien no escapa a esas miradas agudas que los tiempos iban cambiando y que la defensa de la estratégica región del Caribe, a finales del siglo XIX, no se sustentaba ya en la existencia de dichos fuertes. Estos empezaban a ser sustituidos por un nuevo poder que se tornaba imperial, por el uso de las bahías como depósitos de carbón o para el establecimiento de estaciones navales y militares, como era el caso de St. Lucía o St. Thomas, del que se decía que:

como estación naval de los Estados Unidos sería notoriamente superior a la Bahía de Samaná o al Mole San Nicolás en la isla de Santo Domingo. Esos puertos son abordados con dificultad, y no son aptos para una defensa inexpugnable... Por su posición central entre las posesiones europeas en América y su relación estratégica con el istmo y con Nicaragua y el curso del comercio con Brasil, [St. Thomas] sería una estación carbonera ideal.³⁶

Hasta aquí nuestro recorrido por los relatos de los viajeros que navegaban las aguas del Caribe. Ha sido apenas una de las lecturas posibles de esos testimonios que mantienen sus páginas abiertas para otras miradas. ←

33 Poinsett, *op. cit.*, pág. 38.

34 Robertson, *op. cit.*, pág. 54.

35 Alfred de Valois, *Mexique, Havane et Guatemala. Notas de viaje*, Paris, Collection Hetzei, 1861(?), 446 pág.

36 Ford, *op. cit.*, págs. 6-7.